



## EL LEGADO DEL VENADO

**L**AS BRUMOSAS Y REMOTAS TIERRAS DE KINTAIL, UNA escarpada región de lagos, colinas de brezos silvestres y llanuras anegadas de la costa occidental de Escocia, han estado siempre dominadas por un hombre. Desde tiempos inmemoriales, Duncan MacKenzie, el famoso Venado Negro de Kintail, ha considerado suyo este lugar de inquietante belleza.

Suyo y de la gran casa de los MacKenzie, el clan más poderoso de la región.

A decir verdad, aquellos que van a Kintail no pueden sino quedar maravillados con la grandeza y la magia de esta tierra y los increíbles relatos sobre su legendario jefe. Un engañoso aire de calma e intemporalidad pende de sus oscuros picos y sus cañadas sombrías, la paz que sólo la competente tutela del poderoso Venado Negro... y su formidable reputación hacen posible.

Pocos se atreverían a contrariarlo.

Y la mayoría de los que lo han intentado ya no están en este mundo.

Sin embargo, últimamente, durante las largas noches de las Highlands, las malas lenguas dicen al amor de la

lumbre que el Venado Negro se siente satisfecho y que en cualquier momento podría delegar el señorío en su único hijo y heredero, Robbie MacKenzie. Un atractivo joven cuyo cometido —heredar una tierra privilegiada, habitada por gente leal y honesta— podría parecer fácil.

Pero nada es lo que parece en la apacible atmósfera de las Highlands y en las vastas y nubladas colinas de Kintail, con sus laderas moradas y valles desiertos.

Porque en el rincón más alejado de esta extensión de montañas y mar, el cambio y la rebelión se alzan como una antigua plegaria que, coreada a ras de tierra, resuena por los brezales de manera que ni siquiera el poderoso Venado Negro puede negar la verdad.

O escaparse del peso y los recuerdos del pasado.

También Robbie deberá transitar el sendero de su suerte.

Un sendero grabado para siempre en su destino, desencadenado por los últimos suspiros de una frágil mujer moribunda.



# I

*Glenelg, primavera de 1344*

**D**EVOLVER EL DINERO A DUNCAN MACKENZIE? Juliana Mackay se quedó mirando a su madre mientras estiraba con cuidado la gastada manta que arropaba el enjuto cuerpo de la anciana. Confiaba en haber oído mal la inconcebible petición de la enferma.

Después de todo, su madre había perdido mucha fuerza en los últimos días. La voz áspera con la que pronunció aquellas palabras fue poco más que un seco murmullo.

Juliana se alisó con las manos los pliegues tantas veces remendados de su falda, luchando contra el deseo de huir de la patética escena que tenía ante ella. Quería arrancar la rústica puerta de madera y salir corriendo de la humilde casita de tierra, paja y piedra, hasta dejar bien atrás todas las preocupaciones y miserias.

Sin embargo, respiró profundamente y fijó la vista en el carbón que humeaba debajo de la cacerola de hierro negro. *Devolver el dinero a Duncan MacKenzie*. La sola idea le encendía la sangre y le revolvía las entrañas.

Sí, seguramente había oído mal.

Por si acaso no había sido así, se puso derecha y cruzó los brazos. La postura la ayudaría a prevenir la ten-

tación de gritar de odio y lanzar mil maldiciones terribles contra el hombre cuya familia había causado tanto dolor a la suya.

Juliana apretó las manos. Duncan MacKenzie se merecía que le echaran *cien mil* maldiciones.

Pero de sobra sabía que lo único que conseguiría con semejante arrebato de cólera es que a su madre le diera otro acceso de tos.

—El Venado Negro es uno de los señores más ricos de la región —dijo al final, desviando la mirada del destello febril que había en los ojos de su madre, de la súplica desesperada que latía en ellos.

Porque, aun bajo la luz tenue de una única vela, el rostro otrora hermoso de Marjory Mackay exhibía los estragos de su lucha contra la muerte.

Y aquello hacía que a Juliana le temblaran las piernas y sacase a la luz lo peor que había en ella. Un orgullo feroz y un vehemente resentimiento, pues a pesar del dinero y la ayuda que el señor MacKenzie les había enviado a lo largo de los años, su madre —quien durante muchos años había sido la compañera de su olvidable medio hermano, Kenneth MacKenzie— se había visto obligada a criar a sus hijos en una casucha de una sola habitación con suelo de tierra y una cortina de piel de buey como única separación.

—Duncan MacKenzie se ha pasado la vida humillándote —le espetó Juliana, mientras removía con el pie una piedrecita suelta del suelo de tierra—. Jamás reconoció el vínculo que te unía a su hermano ni le importó que mi padre hubiera engendrado dos niños contigo, ¡sobrinos del mismísimo Venado Negro! —Frunciendo el ceño, puso de nuevo el guijarro en su sitio—. Él celebra auténticas bacanales en su castillo amurallado de Eilean Creag; sin embargo, ha permitido que tú, que eras la compañera de su propio hermano, malvivieras en estas inhóspitas montañas, y, para tranquilizar su conciencia, te regalaba una

vaca lechera o un saquito de monedas cada vez que se acordaba de que existíamos.

—Sus razones tendría, hija —resolló Marjory MacKay en su camastro.

Juliana suspiró.

—Me repugna que pienses que le debes algo. —Se acercó al camastro y le pasó a su madre un paño húmedo por la frente—. Jamás había escuchado algo tan... superfluo.

Marjory cerró los ojos y respiró profundamente.

—Los tiempos eran peores de lo que imaginas, la comida escaseaba. Sin la generosidad de los MacKenzie, tu hermano Kenneth y tú hubierais llevado una vida aún más dura, con menos comodidades. ¿Acaso piensas que yo puedo... dejar este mundo sin devolverle lo que corresponde al hombre cuya ayuda salvó a mis hijos de morir de hambre?

—No te vas a morir. —Juliana escurrió el paño, retorciéndolo más con cada palabra y volviendo a sumergirlo en el agua fresca de un cuenco de madera—. No lo permitiré.

Una mano delgada y venosa pero sorprendentemente fuerte agarró a Juliana de la muñeca.

—Sólo el buen Señor decide cuándo ha llegado la hora de reunirse con él, muchacha, pero yo... —Un sofoco repentino dejó a Marjory sin palabras, y las gotas de saliva rosada que expectoró hicieron que a su hija se le encogiera el corazón.

—El buen Señor y su hueste de santos, en la infinita bondad de sus aladas almas, obrarán el milagro de que te pongas bien de nuevo —replicó Juliana con más brusquedad de la que hubiera deseado.

—Debes hacer lo que te pido y entregar el dinero al Venado Negro de mi parte. Quiero que le des también la carta que escribí cuando me di cuenta de que mi fin estaba próximo. —Marjory intentó incorporarse en el camastro,

dirigiendo su vidriosa mirada al pergamino enrollado que se hallaba sobre la única mesa de la casa —. No me queda mucho tiempo — agregó, apretando la muñeca de Juliana antes de que su mano cayera de nuevo sobre la colcha a cuadros, en clara señal de que las fuerzas la abandonaban —. Me gustaría saber que se han cumplido mis deseos.

Siguiendo la mirada de su madre, Juliana apretó los labios y no pronunció palabra. La había visto garabatear con esfuerzo en el preciado trozo de pergamino, que sólo Dios sabía de dónde lo había sacado. O el tintero y la pluma que estaban junto a la nota enrollada. Tales lujos escaseaban en el remoto y aislado valle en el que vivían.

— ¡A Duncan MacKenzie le sobra el dinero! — Juliana dirigió la mirada hacia la caja fuerte de hierro oxidado donde sabía que su madre guardaba las monedas que su hermano Kenneth les enviaba.

Unas monedas ganadas con esfuerzo para que su madre hiciera uso de ellas. No para que las ahorrara. Y mucho menos para que pasaran a engrosar las ya repletas arcas del célebre Venado Negro.

Llena de amargura, Juliana lanzó una mirada furibunda al cofre abollado, con un rencor que la atravesaba como un río tenebroso y profundo. Lo cierto es que si su madre hubiera hecho un buen uso de aquel dinero, habría cambiado la paja de la agujereada techumbre de la casa, o habría arreglado las incontables grietas de las paredes de piedra y tierra, y a lo mejor su salud no se habría resentido de la forma en que lo hizo.

Así las cosas, a Juliana sólo le quedaba rezar por la recuperación de su madre... o para que terminaran sus padecimientos.

Además de desear al Venado Negro de Kintail el más espantoso de los infiernos.

Encolerizada, Juliana confiaba en que su irritación no fuera demasiado evidente.